

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año IV



20 de junio de 1891



Núm. 190



LA FELICITACIÓN

UN RATO DE CHARLA

IBA á echar mi cuarto á espadas, á riesgo de incurrir en la nota de machacón, en esa cuestión de *los exámenes*, con tanta oportunidad suscitada por un periódico de la corte, cuando llega á mis manos el *Madrid Cómico* y me encuentro en él con un artículo de *Clarín* que me quita las ganas de molestaros con mi *charla*, ya que tan sabroso (y ¿cómo no?) es el *Palique* á que hago referencia. En su consecuencia me callo, y aquí van algunos sustanciosos parrafitos del maestro, no sin que me permita decir antes: *¡agua va!*

«Los exámenes ¿son buenos ó malos?—pregunta el insigne crítico.—Probablemente malos. Pero, mientras los haya, se debe evitar que sean *peores*».

»Si se atiende á la supresión de este medio de demostrar la suficiencia de los estudios, no ha de ser, como piensan algunos estudiantes y muchos padres de familia, para quitarles un peso de encima, para evitarles la molestia de que los chicos hagan ver delante de gente que, en efecto, no saben una palabra.

»Los exámenes son malos por su elemento aleatorio, porque *materializan* la ciencia, porque se toman como fin por los más, y sólo son medio... y son malos por otra porción de razones. Pero si estos defectos los tienen *per se*, peores son los que tienen *per accidens*.

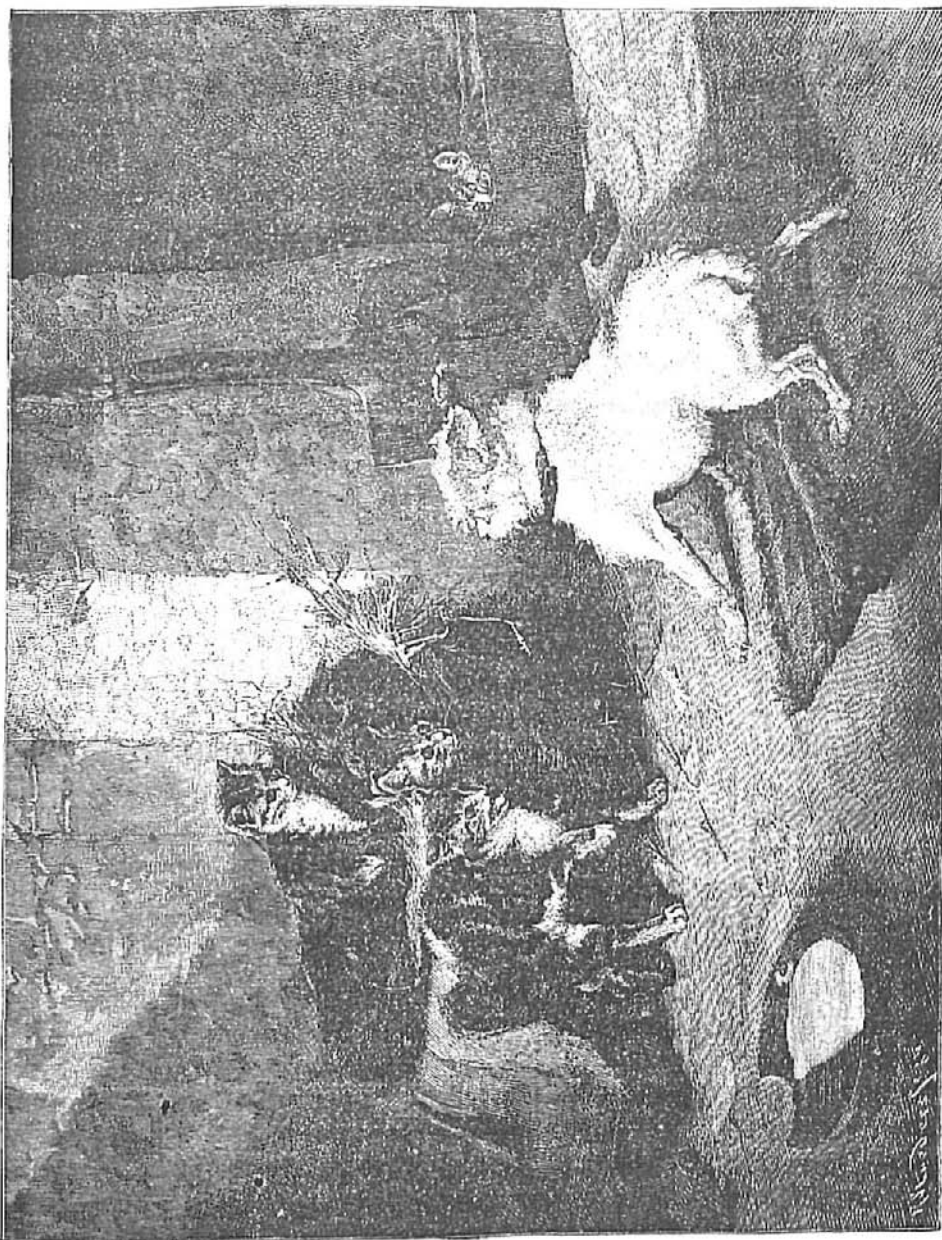
»Hay catedráticos, y no pocos por desgracia, que miran su carácter de juez de tribunal de exámenes como una especie de regalía. Piensan que la ley les da el voto para sacar de él todo el provecho posible para ganar amigos y perseguir enemigos, pagar favores pretéritos, presentes ó futuros, y saborear venganzas.

»Es una verdadera vergüenza. Si yo fuera catedrático no me tendría por compañero de los que aprovechan los exámenes para pagar favores, preparar otros y crearse una fama de benévolo á costa de la justicia.

»En esto de los exámenes enseñan la oreja muchos hipócritas que se hacen pasar por hombres rectos, de intachable moralidad, ocultando sus picardías, sus injusticias y venalidad en otros órdenes de la vida, y dejando aquí al descubierto su mal fondo, su conciencia débil, corrompida, porque, como á esto no le dan importancia, no se les ocurre *tapar las indecencias con la cola* cuando se trata, verbigracia, de aprobar á un estudiante porque está recomendado, y suspender á otro porque no lo está ó porque se le tiene ojeriza.

»¿No es un verdadero delito que un juez de exámenes apruebe á un alumno á quien no conoce en cuanto á discípulo, y que no contesta una palabra en el acto de la prueba? Pues este delito se repite con escandalosa frecuencia y sin que los más lo consideren siquiera como cosa reprehensible.»

Esos delitos denunciados por *Clarín*, que es un sastre que conoce el paño como pocos, podrían remediarse interinamente, y mien-



Un valiente

tras llega el día de acabar con los exámenes... *de fin de curso*, ejerciendo de tribunal un jurado de personas ajenas á la enseñanza. En la actualidad se están confundiendo lastimosamente dos funciones:

la de enseñar y la de juzgar. Los catedráticos son para lo primero, y aquí termina su misión, siendo un verdadero absurdo que vayan luego ellos mismos á juzgar de su obra. En las naciones verdaderamente civilizadas el profesor no interviene para nada en los exámenes de sus discípulos, sino que existe un cuerpo de examinadores (por ejemplo los *examiners* ingleses), á cuyo juicio se deja la apreciación del aprovechamiento, bueno ó malo, del alumno.

Por supuesto que es tiempo perdido hablar de estos asuntos, pues nadie ha de poner remedio en los abusos que en mayor ó menor escala se cometen.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

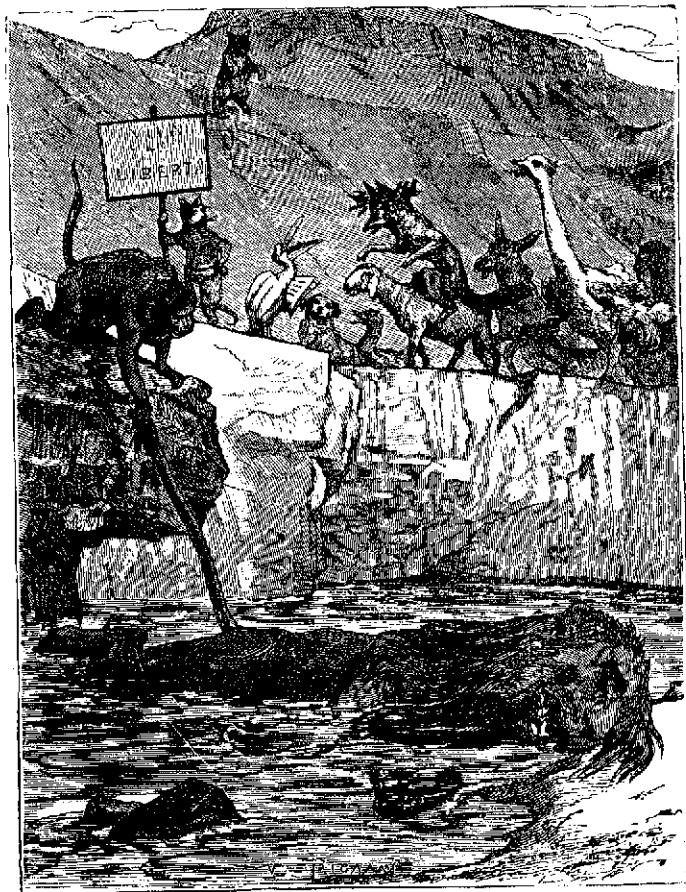
LA CATEDRAL DE BARCELONA

LA excepcional importancia de esta magnífica basilica me decide á describirla, aunque sea á grandes rasgos, para que formen de ella idea aproximada mis queridos camaradas. La fachada se despega de su interior de una manera notable: puede decirse de ella que es una caja de cartón guardando una primorosa joya de brillantes. Mas, con todo eso, el ánimo queda suspenso y gratamente sorprendido cuando, al penetrar en el templo por su puerta principal, desarróllase súbitamente á su vista la majestuosa pompa de la fábrica. Belleza y maravilla, grandeza y sencillez en artísticos ornatos combinados por mano maestra, resaltan en todo el monumento, de perfecto gusto ojival, confundiéndose con una serie de pilares sobre cuyas robustas, erguidas y graciosas ramas reposan sus gallardas bóvedas. En medio de dos bien cortadas y bellísimas verjas que abren paso á las naves laterales, voltea gallardamente un grandioso arco semicircular, y piérdese la vista y la contemplación en un ingenioso laberinto de bien combinadas aristas, divagando con placer de todo el ánimo entre los sombríos pilares del ábside y la multitud inmensa de ojivas que sucesivamente se abren en la bóveda y, doblándose gradualmente en torno mismo del ábside, agrúpanse de admirable modo, como para formar grandioso y digno dosel sobre el Cristo del tabernáculo.

Ignórase quién fué el autor á cuyo genio se debe el plano de este monumento, uno de los mejores de la edad media. ¡Triste destino el de unos hombres tan grandes que desdeñan hasta el apoteosis de la gloria! Entendieron en la dirección de la fábrica, sobre el trazado del anónimo artista, los arquitectos Jaime Fabre, Roque y Pedro Viader, Bartolomé Gual y Andrés Escuder.

Más que difícil, imposible sería describir el mérito del precioso taber-

náculo. Su solo aspecto infunde en el ánimo profundo sentimiento de respeto y religiosa emoción. Resaltan en él estrechamente aunadas la gracia y la sencillez, siendo magnífico el conjunto de belleza y proporción en tantos y tan variados doseletes, columnitas y ojivas, derramando riquezas de ornamentación entre sus maravillosos calados y en torno del gran crucifijo, cuyo sen-



La sombra del león

cillo, pero bellissimo retablo, remata en siete altas, finas y aéreas puntas, estando circuído por diez gruesos pilares que forman nueve arcos en semicírculo, sosteniendo por su friso una graciosa galería trebolada que le da mayor realce.

En el centro de la nave mayor ciérrase en amplio circuito el magnífico coro, cuyas preciadas labores de escultura acaban de sorprender el ánimo, ya suspenso ante tantos primores y prodigios del arte. Cautiva la atención en primer término el mérito de su púlpito de piedra, en cuyo bellissimo labrado dejaron las huellas de su genio los artistas alemanes Lucker y Fritz, maestro

y ayudante. Dos órdenes de primorosas sillas corren á los tres lados del coro. Las del orden superior, notables por su elegancia y belleza en medio de su sencillez, fueron construídas por Matías Bonafé; pero el doselete piramidal que cobija cada una de estas sillas, con sus calados tan prolijos como bellos, obra es de los referidos artistas alemanes. En los respaldos de las sillas hay pintados sendos escudos de armas de los nobilísimos caballeros de la insigne orden del Toisón de Oro, uno de cuyos capítulos generales hubo de celebrar en esta santa iglesia el emperador Carlos V. El frontis del coro es un pequeño cuerpo de arquitectura dórica donde, entre varios adornos, caprichos y follajes, resaltan en los intercolumnios notables bajos relieves que representan pasajes de la vida y muerte de Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Esta parte del coro es obra del artista aragonés Pedro Vilar, quien la ejecutó sobre el diseño de Bartolomé Ordóñez.

La parte del trascoro se construyó á expensas del piadoso y santo obispo Sopera, y, á la verdad, al observar la magnificencia de la fábrica desde su entrada hasta el frontis del coro, no se sabe qué admirar más: si el ingenio del arquitecto que lo trazara ó la liberalidad del prelado que con mano pródiga invertía sus rentas en uno de los monumentos de la ciudad que más honran la arquitectura cristiana. Las armas de este ilustre y venerado obispo recuerdan su esclarecido nombre á la derecha de la puerta principal, cuyo arco sostiene en el centro una cabeza mitrada que representa, según piadosa tradición, la del santo patriarca de Jerusalem.

Entre una y otra escalera del presbiterio ábrese el arco ó entrada de la cripta, á la que se baja por veinticinco extensas gradas: es la devota capilla de la ínclita mártir de Barcelona Santa Eulalia, cuyos mortales restos venera en preciosa urna de alabastro un pueblo en el cual, entre las grandes virtudes que lo caracterizan, descuellan entre todas su cultura y piedad.

Algo elevado sobre el pavimento, corre por ambos lados una especie de coro á modo de tribuna, abierto en el espesor del muro en que estriba el presbiterio, y ocho elegantes columnitas de jaspe sostienen el magnífico sepulcro de la heroica mártir, decorado con bellos bajos relieves que representan los más culminantes hechos de su gloriosa vida y el hallazgo de su sagrado cuerpo en Santa María del Mar.

Sobre ambas puertas del crucero de esta gran basilica álzanse sendas torres, tan altas como robustas, siendo una de ellas maravilla del arte arquitectónico, como quiera que, gravitando su enorme peso sobre el arco de San Ivo, hace mirar con asombro su firmeza y admirar el genio constructor capaz de tanta audacia y de tan seguro cálculo. Francisco Muller esculpió la mayor parte de sus labores y remate. Según datos fidedignos que obran en el archivo municipal, la gran campana del reloj hubo de fundirse y montarse en la torre de San Ivo en 1393, infiriéndose, por lo tanto, que el reloj público de Barcelona es tres años anterior al de la Catedral de Sevilla, que se había tenido siempre por el primer reloj de torre conocido en España.

El claustro de la Catedral es obra de fines del siglo xiv ó principios del xv. Lo principió el arquitecto Roque, lo continuó Gual y cerró su última bóveda Andrés Escuder. Aunque más ligero y caprichoso, su estilo responde al del templo. Merecen ciertamente especial atención las esbeltas columnas que sostienen los arcos en gradación de ojiva, y en sus múltiples y variados ca-



El gato y el ruiseñor

piteles la infinidad de figuritas que representan pasajes de la historia sagrada. La fuente, el estanque, la glorieta ó pabellón de piedra, sombreado todo por la fronda del jardín, no dejan de tener mérito. Dignas son del más cumplido examen las puertas de este hermoso claustro. Hay que admirar, en la que da ingreso al templo, la pureza y elegancia de los conjuntos arcos de su ojiva. Más sencilla es, bien que no menos bella, la llamada puerta *de la Piedad*. La elegancia de su corte ojival, el gallardo doselete que cubre la corona de la Virgen, y su gracioso follaje, dan toda la belleza del arte y todo el gusto de



ENTRETENIMIENTOS PROVECHOSOS



EL POZO

la época á la puerta del Obispo. Riqueza de follaje ostenta igualmente la puerta de la Sala Capitular, siendo asimismo muy primorosas las labores de ornamentación de la de entrada á la capilla de San Olegario.

Esta basílica es la tercera Catedral que en la sucesión de los tiempos ha tenido Barcelona, habiéndose edificado sobre las ruinas de la segunda, que mandó derribar Jaime II, poniendo él mismo la primera piedra del nuevo edificio en 1298, según las lápidas conmemorativas colocadas á ambos lados de la capilla de San Ivo del descrito suntuoso templo.

A. OZORES

LA MARIPOSA, LAS FLORES Y EL GUSANO

IMITACIÓN DE IRIARTE

AL AUTOR DE LOS «RATOS DE CHARLA,» ANTOÑITO

De flor en flor volando,
la libre mariposa
iba ufana ostentando
su beldad, y gustando
el néctar de la rosa.

Florestas más de mil
dispútanse á porfía
aromas de alelí,
perfumés de jazmín,
de rosas la ambrosía.

Cerca, al pie de una flor,
vil gusano-asqueroso
de pardusco color
roía todo el verdor
de un nardo asaz hermoso.

—¿Cómo, gusano osado,—
dice la mariposa,—
de mi belleza al lado

comparar has pensado
con tu estirpe asquerosa?

—Es tu orgullo muy necio,—
dice el mismo corroído,—
y á tan duro desprecio
sólo diré de recio
que tú también lo has sido.—

Al oír esto las flores
¡ay, pobre mariposa!
le niegan sus olores,
y ella con sus dolores
aléjase quejosa.

¡Cuántos en este mundo,
por vanas pretensiones,
su proceder inmundo
del olvido profundo
sacan en ocasiones!

AURELIO DE COLMENARES

NUESTROS GRABADOS

LA FELICITACIÓN

Los niños se disponen á felicitar á su mamá, cuyos días son, acompañando su sentido discurso con un precioso ramillete.

UN VALIENTE

¡Sí, señor: un gran valiente. ¡Vedle con qué gallardía tiene puestos á raya á esos tres malandrines, sin contar al otro, agazapado en el cajón! No les fal-

tan malas intenciones á los villanos acometedores; pero nuestro amigo sabrá defenderse y obligarles á levantar el sitio á los follones.

LA SOMBRA DEL LEÓN

Érase un león, tragón como león alguno hubiese sido, el cual vivía *cabe*



El papagayo

una cristalina fuente, y, como era la única que había en muchas leguas á la redonda, allí habían de acudir los pobrecitos animales, que era como ir á la muerte. Sucedió, pues, que, habiendo celebrado un *meeting* todas aquellas amenazadas bestias, acordaron enviar una comisión á su leonina majestad para que les dejase beber á su gusto, mediante la entrega de una víctima diaria. Dicho y hecho: aceptó el león, sorteáronse en seguida los infelices animales, y tocóle á la zorra hacer el *debut* de víctima voluntaria. Fuése para allá, y de buenas á primeras díjole al rey de las selvas:

—Señor: venía hacia vos, no para que me comierais á mí, sino para que os zamparais una exquisita liebre á la que le había tocado el envidiable honor de ser devorada por V. M.; pero por el camino me he encontrado con otro leonazo que me la ha quitado, diciendo que venía de parte de vuestra real persona.

—¡Brrr! ; Que me traigan ese leonazo en seguida!—rugió el rey selvático.

—Señor: creo que si V. M. tuviera empeño en conocerle sería facilísimo, pues no hay más que unos dos ó tres kilómetros desde aquí al sitio en que le he dejado.

—Pues andando: guíame hacia allá,—dijo el emperador de la zoología extra-hominal.

—Tenga V. M. la amabilidad de seguirme,—replicó la zorra. Y se lo trajo á orillas de la fuente, en aquel entonces tan clara y límpida como un espejo. Asomóse la fiera al agua, vió reflejarse su imagen en la superficie, y, creyendo era su colega, ¡pataplum! se arroja allí... y se ahoga, después de rugir como un batallón de diablos. Y allí quedó flotando, con grandísima algazara de las bestias, que se entregaron con aquel motivo á las más desordenadas demostraciones de alegría.

EL GATO Y EL RUISEÑOR

Érase un gato que quiso hacerse dar lecciones de canto por un ruiñeñor, hasta que, creyéndose bastante fuerte para dejarles á los demás gatos con un palmo de boca abierta, fué una noche á darles un concierto, recibiendo una silba fenomenal; pues, como le dijeron sus camaradas, ni cantaba como un ruiñeñor ni mayaba como un gato.

La moraleja tiene tantas y tan fáciles aplicaciones que, como dicen los periódicos, el hecho no necesita comentarios.

ENTRETENIMIENTOS PROVECHOSOS

Vale más entretenerse hojeando un álbum que no haciendo diabluras y alborotando por la casa. No digo, sin embargo, que no haya mejor diversión que el mirar álbumes: digo que vale más eso que no enredar y hacerles desgañitar á todos.

EL POZO

Muy hondo, con mucho miedo que da. Por regla general, lo mejor, cuando se es niño, es no acercarse á los pozos.

EL PAPAGAYO

Un perulero tenía un papagayo al que hacía repetir infinidad de palabras, tanto que se creyó (el papagayo) ser un sabio. Deseoso, pues, de dejarles tamañitos á los amigos que tenía en los patrios bosques, no paró hasta fugarse y plantarse allá, donde les echó grandes discursos, que la grey papa-

gayesca recibió con terrible cotorrería, pues nadie entendía jota. Y así quedó corrido y chasqueado aquel parlamentario.

CONTRA LOS PODEROSOS AYUDA LA ASTUCIA

Vivía cierta vez á orillas de un lago un pajarraco que, habiéndose hecho



Contra los poderosos ayuda la astucia

viejo, no podía cazar gran cosa, y así hizo correr la voz de que en breve llegarían allí unos pescadores que estaban resueltos á dejar completamente deshabitado dicho lago. Asustáronse los vecinos, y entonces el avechicho les manifestó que, si querían, él les llevaría, sobre sus alas, á otro lago de toda confianza, y, creyendo al pie de la letra aquellos embelecos del bellaco, iban cada día al nido del pajarraco muchos pececitos, que, en efecto, iban á pasar al vasto lago de su estómago. Un cangrejo, que estaba algo escamado, decidió un día ir á enterarse de lo que pasaba allí. Hizo por manera de que el tunan-

te se lo cargase á cuestas, y, cuando estuvo en alto y vió que no había tales carneros de lago y que el avechucho era un pecicida y molusquicida, le apretó las tenazas con tal fuerza que ¡cataplum! lo estranguló, cayendo los dos en tierra, pero sin novedad el cangrejo, como que iba sobre un mullido colchón de plumas.

NO HAY QUE FIAR DE LAS PROMESAS LARGAS

Érase una codorniz sencilla, á la cual en vano trataba de seducir cierto milano; pero ella, que conoció sus malas intenciones, supo hacerse la disimulada y logró que la rapaz cayera en buenas y justicieras manos, llevándolo á donde sabía estaba tendido un lazo.

LIKHO, LA DE UN OJO



ÉRASE un herrero que un día se dijo:

—Yo no he conocido nunca daño alguno, aunque dicen que hay mucho mal (*likho*) en el mundo. Yo quiero ir á buscarlo.

Así diciendo, fué á echar un trago y emprendió la marcha en busca del mal.

En el camino encontró á un sastre.

—Buenos días, sastre,—le dijo.

—Buenos los tengáis,—contestó el otro.—¿A dónde se va?

—Hombre, todo el mundo dice que hay mal en la tierra; pero yo no lo he visto nunca y voy á buscarlo.

—Pues vamos juntos, porque yo tampoco he visto ningún mal.

Andando, andando, llegaron á un oscuro y espeso bosque, donde se veía una estrecha senda, por la cual prosiguieron su camino, hasta que, al fin, vieron una cabaña muy grande. Ya iba á cerrar la noche, y, como no había allí otro albergue, entraron sin vacilar; pero no encontraron á nadie: todo allí estaba desnudo y mísero. Los dos hombres buscaron un asiento, y allí permanecieron inmóviles, cuando de pronto vieron entrar una mujer muy alta, encarnada y que sólo tenía un ojo.

—¡Ah!—exclamó.—Veo que tengo visitas. ¿Qué hacéis por aquí?

—El cielo os guarde, abuela,—contestaron.—Hemos venido á pasar la noche bajo vuestro techo.

—Está muy bien: veo que no me faltará qué cenar.

Al oír estas palabras, los dos hombres experimentaron indecible terror. En cuanto á la mujer, fué á buscar una gran cantidad de leña, arrojóla en el hogar y la encendió. Acercóse después á los dos hombres, se apoderó del sastre y le cortó la garganta y le introdujo en el horno.

Entretanto, el herrero comenzó á murmurar:

—¿Qué haré yo ahora? ¿Cómo salvaré mi vida?

Cuando la bruja hubo acabado de cenar, el hombre miró al horno y le dijo:

—Abuela: yo soy herrero.

—¿Qué podéis forjar?



No hay que fiar de las promesas largas

—Cualquier cosa.

—Pues haced un ojo para mí.

—Bueno,—repuso el hombre;—lo tendréis. Mas para esto necesito una cuerda, pues debo ataros, porque de lo contrario no estaríais quieta. Es preciso clavar el ojo dentro.

La bruja fué á buscar dos cuerdas: una muy delgada y la otra gruesa.

El herrero ató á la bruja con la primera, y le dijo:

—Ahora, abuela, dad una vuelta.

Hízolo así la bruja, y la cuerda se rompió.

—Esa cuerda, como veis, no sirve.

Y, tomando la otra, ató á la vieja fuertemente.

—Dad ahora la vuelta,—dijo.

La bruja se volvió, y, á pesar de que se retorció, no pudo romper la cuerda.

Entonces el herrero cogió una lima, calentóla hasta que estuvo candente y la aplicó al ojo bueno de la bruja. En seguida cogió un hacha, y con el mango golpeó vigorosamente en la lima. La vieja forcejeaba como una furia, y al fin rompió la cuerda.

—¡Ah, miserable!—exclamó.—Ahora no te escaparás de mis manos.

El herrero se vió perdido, y, conociendo que se hallaba en un mal paso, entregóse á sus reflexiones, pensando en el medio de librarse.

A poco llegaron del campo los carneros y las ovejas, y la bruja los encerró en su redil, juntamente con el herrero, que había ideado cubrirse con una pelliza de piel de carnero, volviendo la lana hacia fuera para ver si pasaba desapercibido y podría escapar por la mañana con los animales. Por la mañana la bruja abrió el redil para dejarlos salir uno á uno; pero, cuando pasaban por delante, cogíalos por la lana y los sacudía; de modo que, al llegar el turno al herrero, apenas le cogió por el vellón, el hombre quedó descubierto; pero éste, lejos de asustarse, se incorporó y dijo á su enemigo:

—¡Hola, Likho! He sufrido mucho mal en tus manos; mas ahora no podrás ya hacerme nada.

—Espera un poco,—replicó la vieja.—Aun no has padecido lo bastante, ni tampoco te has escapado todavía.

El herrero se precipitó hacia el bosque por la estrecha senda, y, como viese poco después una hacha con puño de oro pendiente de la rama de un árbol, experimentó vivos deseos de apoderarse de ella; mas, apenas la hubo cogido, su mano se quedó adherida al mango, sin que le fuera posible arrancar el instrumento.

Entonces no supo qué hacer, y, al dirigir una mirada hacia atrás, vió á la vieja que avanzaba presurosa, gritando:

—¡Ya te tengo, cobarde! ¡Aun no te has escapado!

El herrero sacó una navajita que llevaba en el bolsillo y comenzó á cortar-se la mano, hasta que la separó de la muñeca, y entonces emprendió la fuga.

Cuando llegó á su pueblo comenzó á enseñar á todos el brazo, en prueba de que, al fin, había visto á Likho.

—Mirad,—decía,—ya estoy de vuelta, pero he perdido una mano. Y en cuanto á mi compañero, la bruja se lo ha comido enterito.

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA